

que los preparativos mencionados tienen por objeto aparente una expedición colonial, existiendo actualmente entre Su Majestad y el gobierno francés discusiones de grande importancia, cuyo resultado es incierto, Su Majestad se ha determinado á participar á sus fieles Comunes, persuadido de que, aunque participen de su infatigable solicitud por la continuación de la paz, puede no obstante descansar con entera confianza en su espíritu público y en su liberalidad, y contar con que la cámara le pondrá en estado de emplear todas las medidas que las circunstancias parezcan reclamar para el honor de su corona y los intereses esenciales de su pueblo.»

Difícil era imaginar un mensaje más torpemente concebido. Fundábase en errores de hecho, y tenía además cierta parte ofensiva para la buena fe del gobierno francés. En primer lugar no había un solo buque disponible en nuestros puertos; todos nuestros bastimentos capaces de navegar estaban en Santo Domingo convertidos la mayor parte en urcas y destinados á trasladar tropas. Se construía mucho en nuestros astilleros, lo cual no era un misterio, pero no se pensaba en equipar un solo buque. Había solamente en el puerto holandés de Helvoetsluis una pequeña expedición de dos navíos y dos fragatas, dotados con tres mil hombres y notoriamente destinados á Luisiana. Hacía varios meses que estaban detenidos por el temor de los hielos, y el objeto de su destino era público en toda Europa. Suponer que estos armamentos, destinados según todas las muestras á las colonias, pudieran tener en realidad otro objeto, era una de las más ofensivas insinuaciones. Pretender por fin que había discusiones de grande importancia pendientes entre los dos gobiernos, era asaz imprudente, porque hasta entonces todo se había limitado á unas cuantas palabras relativas á Malta que había proferido la Francia y á que la Inglaterra no había contestado. Hacer de esto una contienda era declarar desde luego el ánimo de negarse al cumplimiento de los tratados, á menos que se pretendiese que unas cuantas frases del informe del coronel Sebastiani ó de la exposición sobre el estado de la república constituyeran una queja suficiente para poner todas las fuerzas de Inglaterra en pie. No podía, pues, este mensaje sufrir examen, porque era á un mismo tiempo inexacto y ofensivo.

Lord Withworth, que empezaba á conocer algo mejor al gobierno cerca del cual residía, adivinó inmediatamente la impresión que el mensaje dirigido al parlamento produciría en el general Bonaparte, por lo cual no dió copia de él á Mr. de Talleyrand sino con mucho sentimiento y amonestando al ministro á que fuese en seguida á ver al general para calmarle y persuadirle de que no era aquella una declaración de guerra, sino una medida de mera precaución. Mr. de Talleyrand fué inmediatamente á las Tullerías, pero apenas logró nada del impetuoso dueño que allí moraba. Le encontró lleno de cólera por la brusca iniciativa que el gabinete británico había tomado, porque aquel extraño mensaje tan inmotivado parecía una provocación hecha á la faz del mundo. Se veía públicamente desafiado, se creía ultrajado, y preguntaba dónde había podido el gabinete británico hacer el acopio de falsedades que su mensaje contenía, pues, según él decía, ni había un solo armamento en los puertos de Francia, ni siquiera existía aún entre los dos gabinetes una diferencia declarada.

Consiguió Mr. de Talleyrand del primer cónsul que prometiese dominar su resentimiento, y que si fuera preciso resolverse por la guerra dejase á los ingleses la sinrazón de haberla provocado. Tal era en verdad la intención del primer cónsul; pero, según lo mucho que le dolía la ofensa, era de esperar que le fuese muy difícil contenerse. Habíase comunicado el mensaje al parlamento de Inglaterra el 8 de marzo, y el 11 llegó su noticia á París. Desgraciadamente, al otro día era domingo, destinado á la recepción del cuerpo diplomático en las Tullerías. Una curiosidad muy natural había hecho acudir allí á todos los ministros extranjeros que deseaban ver la actitud del primer cónsul en aquella circunstancia, y especialmente la del embajador de Inglaterra. Mientras llegaba la hora de audiencia, estaba el primer cónsul en su aposento con madama Bonaparte, entreteniendo con el niño que entonces debía ser su heredero, que era el primer hijo de Luis Bonaparte y de Hortensia de Beauharnais. El prefecto de palacio, Mr. de Remusat, entró á anunciar que estaba la corte reunida y formado el círculo, y entre varios nombres pronunció el de lord Withworth. Produjo éste en el primer cónsul una impresión visible; dejó al niño con el cual estaba distraído, asió bruscamente de la mano á madama Bonaparte, cruzó el umbral del salón de corte, pasó por delante de los ministros extranjeros que se agrupaban en torno de él, y fué derecho al representante de la Gran Bretaña. «Milord, le dijo con agitación extrema, ¿tiene usted noticias de Inglaterra? — No, general, respondió con mucho comedimiento el embajador; conocemos demasiado las ventajas de la paz. — ¿Quiéren ustedes la guerra?, continuó en voz muy alta y de modo que le oyesen todos los circunstantes. Diez años nos hemos batido, y ustedes quieren que nos batamos otros diez años más? ¿Quién se ha atrevido á decir que la Francia hacía armamentos? Se ha engañado al mundo entero; no hay un solo navío en nuestros puertos; todos los buques servibles se han enviado á Santo Domingo. El único armamento que existe se halla en las aguas de Holanda, y nadie ignora desde hace cuatro meses que está destinado á la Luisiana. Se ha dicho que entre la Francia y la Inglaterra había contiendas; yo no sé de ninguna. Sé solamente que la isla de Malta no ha sido evacuada en el término prescrito, pero no me figuro que los ministros ingleses quieran faltar á la lealtad de su nación negándose á cumplir un tratado solemne; por lo menos no nos lo han participado todavía. Tampoco sospecho que hayan querido ustedes con sus armamentos intimidar al pueblo francés: á este pueblo, milord, se le podrá matar, pero intimidarle, ¡nunca!»

Sorprendido el embajador y un tanto turbado, á pesar de su habitual serenidad, respondió que no se trataba de lo uno ni de lo otro; que por el contrario se procuraba vivir en buena armonía con la Francia. «Entonces, replicó el primer cónsul, es preciso respetar los tratados; ¡ay del que no los respeta!» Pasó después por delante de Azara y de Markoff y les dijo en voz bastante alta que los ingleses no querían evacuar á Malta, que se negaban á cumplir sus compromisos, y que en lo sucesivo sería menester *echar un crespon negro sobre los tratados*. Siguió adelante, y advirtió al ministro de Suecia, cuya presencia le trajo á la memoria las ridículas notas dirigidas á la Dieta germánica y acabadas de

publicar en aquellos días. «¿Conque vuestro rey, le dijo, olvida que la Suecia no está en los tiempos de Gustavo Adolfo, y que ha descendido al orden de las terceras potencias?» Acabó de recorrer el círculo, siempre agitado, con la mirada centelleante, terrible como el poder que monta en cólera, pero sin aquella dignidad calma que tanto le engrandecía.

Conociendo, no obstante, que había traspasado el límite debido, al concluir su vuelta se dirigió otra vez al embajador de Inglaterra, y preguntándole con tono afable noticias de su esposa la duquesa de Dorset, le manifestó su deseo de que después de haber pasado la mala estación en Francia, pasase allí también la buena; añadió que eso sólo dependería de la Inglaterra, y que si volvía á ser preciso tomar las armas, toda la responsabilidad recaería á los ojos de Dios y de los hombres sobre los que rehusaban cumplir sus empeños. Esta escena debía exacerbar profundamente el amor propio del pueblo inglés y producir una enojosa reciprocidad de malos tratamientos. Los ingleses en rigor carecían de razón, porque su mal disimulada ambición con respecto á Malta era un verdadero escándalo; pero hubiera sido preciso dejarles la sinrazón del fondo sin incurrir en la de la forma. Mas el primer cónsul ofendido se complacía en que los estallidos de su cólera resonasen en todos los confines del mundo.

Lo ocurrido con lord Withworth se divulgó al punto, porque lo habían presenciado más de doscientas personas; cada cual lo repitió á su manera y lo exageró á su talento. Causó una impresión muy desagradable en Europa, y aumentó mucho el apuro en que el gabinete británico se encontraba. Lord Withworth se quejó á Mr. de Talleyrand de la ofensa recibida; declaró que no volvería á presentarse en las Tullerías si no se le garantizaba formalmente que no tendría que sufrir otra vez semejante trato. Mr. de Talleyrand respondió de palabra á sus justas quejas, y su calma, su serenidad y su destreza fueron sumamente útiles en aquella ocasión á la política del gabinete comprometida por la vehemencia natural del primer cónsul.

El ánimo apasionado y versátil de Napoleón sufrió entonces un cambio repentino: de aquella perspectiva de una paz laboriosa y fecunda en que recientemente se complacía su activa imaginación, pasó de repente á esa otra perspectiva de guerra, de engrandecimiento prodigioso por medio de la victoria, de renovación de la faz de Europa y de la restauración del imperio de Occidente, que con tanta frecuencia solía fascinar su mente. Se arrojó de súbito de la una á la otra vía, y en vez del título de bienhechor de la Francia y del mundo, que tanto le lisonjaba, quiso tomar el de su azote y espanto. Apoderóse de él una cólera á un mismo tiempo personal y patriótica, y desde entonces toda la pasión de su vida se redujo á vencer á la Inglaterra, humillarla, afrentarla y destruirla. Persuadido de que el hombre es capaz de todo reuniendo al talento la voluntad y la perseverancia, se fijó tenazmente en la idea de atravesar el paso de Calais y de hacer una irrupción en Inglaterra con uno de los ejércitos que habían vencido á la Europa. Tres años antes había juzgado que el San Bernardo y los hielos del invierno, reputados como obstáculos invencibles para el común de los hombres, no eran obstáculo para él; lo mismo juzgó con respecto

al brazo de mar que separa á Douvres y á Calais, y se consagró desde luego con todos sus medios á atravesarlo con la convicción profunda de salirse con su empresa. Desde entonces, esto es, desde el día en que se recibió el mensaje del rey de Inglaterra, datan sus primeras órdenes; y entonces fué cuando esa mente, á quien el sentimiento de su poder extraviaba en la política, volvió á mostrarse como un prodigio de la naturaleza humana, tratándose ya de prever y sobrepujar todas las dificultades de una vasta empresa.

Envió inmediatamente al coronel Lacuée á Flandes y á Holanda á inspeccionar los puertos de aquellos países, examinando su forma, su extensión, su población y sus recursos navales. Le mandó que se proporcionase un estado aproximativo de los buques destinados al cabotaje y á la pesca desde el Havre hasta el Texel y capaces de seguir á la vela una escuadra de guerra. Envió otros oficiales á Cherbourg, Saint-Malo, Granville y Brest, con órdenes de revisar sobre los barcos destinados á la pesca mayor, para saber su número, su valor y su tonelaje total. Mandó principiar la reparación de las chalupas cañoneras que habían compuesto la escuadrilla de Boloña de 1801; mandó á los ingenieros de la marina que le presentasen modelos de urcas susceptibles de llevar cañones de grueso calibre, y les pidió los planos para la apertura de un gran canal que pusiese en comunicación los dos puertos de Boloña y Dunkerque. Hizo que se procediese al armamento de las costas é islas desde Burdeos hasta Amberes; prescribió una inmediata inspección de todos los bosques de las costas de la Mancha, con objeto de investigar la naturaleza y cantidad de maderas que contenían y de examinar qué partido podría sacarse de ellas para la construcción de una inmensa escuadrilla de guerra, y sabedor por los informes que recibía de que los emisarios del gobierno inglés andaban en tratos sobre las maderas del Estado romano, envió allí agentes con los fondos necesarios para comprarlas y con recomendaciones que no dejaban al papa titubear sobre la elección de los compradores.

Era su ánimo que sirvieran de señal al rompimiento de las hostilidades estos tres hechos: la ocupación del Hannover, la de Portugal y la del golfo de Tarento, con objeto de cerrar inmediatamente de una manera absoluta las costas del continente desde Dinamarca hasta el Adriático. Empezó con este objeto á formar en Bayona la artillería para un cuerpo de ejército; reunió en Faenza una división de diez mil hombres y veinticuatro bocas de fuego destinada á penetrar en el reino de Nápoles; é hizo tomar tierra á las tropas embarcadas en el Helvoetsluis para pasar á la Luisiana; juzgando que era peligroso que emprendiesen una navegación amagando una declaración de guerra, envió parte de ellas al puerto de Fleisinga, que aunque pertenecía á la Holanda estaba bajo el poder de Francia, mientras que nosotros ocupábamos el país. Envió allí un oficial con encargo de reasumir todas las atribuciones propias de un comandante militar en tiempo de guerra y con orden de armar la plaza sin demora. Dirigió el resto de dichas tropas hacia Breda y Nimega, puntos de reunión designados para la formación de un cuerpo de veinticuatro mil hombres. Este cuerpo, bajo las órdenes de un general prudente y enérgico, cual era el general

Mortier, debía invadir el Hannover al primer acto de hostilidad cometido por la Inglaterra.

Sin embargo, esta invasión políticamente considerada no era muy hacendera. El rey de Inglaterra era por el Hannover miembro de la confederación germánica, y tenía derecho en ciertos casos a la protección de los Estados confederados. El rey de Prusia, director del círculo de la Baja Sajonia, en el cual estaba el Hannover comprendido, era el protector natural de este Estado. Había, pues, que ocurrir á él y obtener su adhesión, la que no podía menos de serle muy costosa, pues era lo mismo que comprometer á la Alemania del Norte en la formidable contienda que iba á tratarse, y exponerle quizá al bloqueo del Wéser, del Elba y del Oder por los ingleses. Verdad es que el gabinete de Potsdam afectaba una extremada adhesión á la Francia que le valía indemnizaciones de gran monta; esta adhesión podía llegar hasta el punto de que se negara á entrar en todos los proyectos de coalición, de hacer por su parte esfuerzos para precaverlos y hasta de participárselos al primer cónsul; pero en el estado actual de las cosas no llegaba á ser aquella intimidación una alianza tan positiva que se pudiera seriamente contar con ella caso de ser indispensable cualquier acto sublime de lealtad. Despachó inmediatamente el primer cónsul á su edecán Duroc, que conocía muy á fondo á la corte de Prusia, para que informase á esta corte del peligro de un próximo rompimiento entre Francia é Inglaterra, y de la intención del gobierno francés de hacer la guerra á muerte y de apoderarse del Hannover. El general Duroc llevaba encargo de añadir que el primer cónsul no quería la guerra sólo por el deseo de hacerla, y que si los monarcas extraños á la contienda, como el rey de Prusia y el emperador de Rusia, hallaban medio de cortarla induciendo á la Inglaterra á respetar los tratados, él por su parte estaba dispuesto á detenerse inmediatamente en la senda de encarnizamiento por la cual iba á precipitarse.

Creyó el primer cónsul también que debía dar un paso de cortesanía cerca del emperador de Rusia. Hasta entonces había tratado con este soberano algunos de los grandes negocios de Europa, y quería interesarle en lo sucesivo por su causa, constituyéndole juez de las diferencias entre la Francia y la Inglaterra. Con esta idea le escribió una carta, de que debía ser portador el coronel Colbert, y en la que, recordando todos los sucesos ocurridos después de la paz de Amiéns, se mostraba dispuesto á someterse á su mediación, sin pedirla no obstante, caso de que la Gran Bretaña se sometiese también por su parte, pues no esperaba menos, según decía, de la bondad de su causa y de la justicia del emperador Alejandro.

A todas estas determinaciones tan prontas debía agregarse otra relativa á la Luisiana. Los cuatro mil hombres destinados á su ocupación acababan de embarcar, pero no se sabía qué hacer de ellos ni qué partido tomar con respecto á aquella floreciente región. No había sombra de temor por lo tocante á las demás colonias nuestras: Santo Domingo estaba lleno de tropas, y se embarcaban apresuradamente en todos los buques mercantes dispuestos á dar á la vela los soldados que había disponibles en los depósitos coloniales: en la Guadalupe, la Martinica y la isla de Francia ha-

bía también numerosas guarniciones, y para disputar su posesión á los franceses se hubieran requerido muy poderosas expediciones. Pero en la Luisiana no había un solo soldado; en aquella vasta provincia no podían mantener una ocupación en tiempo de guerra solos cuatro mil hombres. Sus habitantes, aunque de origen francés, habían pasado por tantas dominaciones durante el último siglo, que ya nada les interesaba á no ser su independencia. Los americanos del Norte nos veían con disgusto posesionados de las bocas del Mississipi y de su principal desembocadura en el golfo de Méjico, y aun instaban á la sazón á la Francia á que pusiera á su comercio y navegación condiciones ventajosas de tránsito en el puerto de Nueva Orleáns. Así, pues, para permanecer en la Luisiana teníamos que contrarrestar grandes esfuerzos de parte de los ingleses, una indiferencia absoluta de parte de los habitantes y de parte de los americanos una verdadera malevolencia. Estos últimos en efecto no querían más vecindad que la de los españoles. Todas las ilusiones del primer cónsul sobre las colonias se disiparon á la vez con el mensaje del rey Jorge III, y al punto mismo quedó su resolución tomada.

«No mantendré yo, dijo á uno de sus ministros, una posesión que no estaría segura en nuestras manos, que me indispondría quizá con los americanos ó entibiaría mis relaciones con ellos. Al contrario, me valdré de ella para granjeármelos, para indisponerlos con los ingleses, y yo suscitaré contra éstos enemigos que nos vengarán algún día, si por desgracia no conseguimos vengarnos nosotros mismos. Mi resolución está tomada, yo cederé la Luisiana á los Estados Unidos; pero como éstos no pueden cedernos en cambio territorio alguno, les pediré una suma de dinero para costear el armamento extraordinario que tengo proyectado contra la Gran Bretaña.»

No quería el primer cónsul hacer ningún empréstito; esperaba ocurrir á todos los gastos de la guerra con una suma cuantiosa que se proporcionara por alguna vía extraordinaria, con un aumento módico en los impuestos y con algunas ventas de bienes nacionales verificadas sin premura. Convocó á Mr. de Marbois, ministro del Tesoro, antiguo empleado en América y al ministro de Marina Mr. Decrés, y aunque resuelto ya, quiso escuchar sus razones. Mr. de Marbois opinó por la enajenación de la colonia, y Mr. Decrés por lo contrario. Oyóles el primer cónsul con atención suma, sin mostrarse en lo más mínimo inclinado á las razones del uno ó del otro; los escuchó como tenía costumbre de hacer aun cuando hubiese tomado su resolución, para asegurarse de no haber omitido ninguna consideración capital en el punto sometido á su juicio. Confirmado en su resolución, lejos de titubear en ella por lo que acababa de oír, mandó á Mr. de Marbois que sin perder un instante llamase al ministro de América Mr. Livingston y que entrase con él en negociaciones con respecto á la Luisiana. Acababa precisamente de llegar á Europa Mr. de Monroe para arreglar con los ingleses la cuestión del derecho marítimo y con los franceses la del tránsito por el Mississipi. A su llegada á París fué recibido con la inesperada proposición del gabinete francés, el cual le ofrecía, no ya meramente el libre tránsito por la Luisiana, sino la misma agregación de

ésta á los Estados Unidos; y sin alegar la menor excusa por falta de poderes, entró inmediatamente en trato, dejando salva la ratificación de su gobierno. Pidióle Mr. de Marbois ochenta millones, veinte destinados á indemnizar al gobierno americano de las presas hechas ilegalmente durante la última guerra y sesenta al tesoro de Francia. Los veinte millones consagrados á aquel primer objeto debían asegurarnos la completa benevolencia de los negociantes de los Estados Unidos, y en cuanto á los sesenta millones destinados á la Francia se convino en que el gabinete de Washington crearía anualidades que se negociarían en casas holandesas á un premio ventajoso y casi al par. Concluyóse, pues, el tratado sobre estas bases, y se envió á Washington para que fuese ratificado. Así fué como los americanos obtuvieron de la Francia aquella vasta región que ha completado su dominio en la América del Norte y los ha hecho dueños del golfo de Méjico para el presente y el porvenir. Deben, pues, ellos su nacimiento y su grandeza á la prolongada contienda de Francia con Inglaterra. Al primer acto de esta lucha debieron su independencia; al segundo el complemento de su territorio. En breve veremos en qué se emplearon aquellos sesenta millones y qué resultado estuvieron á punto de producir.

Una vez tomadas estas precauciones, continuó el primer cónsul con más paciencia el desenlace de la negociación. La cólera involuntaria que no había podido menos de mostrar al recibir el mensaje del rey de Inglaterra, se disipó, y se propuso y cumplió observar en lo sucesivo una moderación inalterable y dejarse provocar tan visiblemente que la Francia y la Europa no pudieran engañarse sobre quién era el verdadero autor de la guerra.

Mr. de Talleyrand, que en estas circunstancias se conducía con rara prudencia, había contribuido más que nadie á inspirar al primer cónsul estas nuevas disposiciones. Conocía muy bien este ministro que una guerra con Inglaterra, atendida la dificultad de hacerla decisiva y la influencia de los subsidios británicos que en breve la harían continental, sería meramente una renovación de la lucha de la revolución con la Europa; y para precaver el daño de una conflagración universal, estaba decidido á usar de esa inercia de que á veces se servía con el primer cónsul como del agua que se arroja sobre la brasa para templar su violencia. Si en algunas ocasiones su inercia había sido perjudicial, esta vez era sumamente útil, y á ser otro el gabinete que regia á la sazón en Inglaterra, hubiera quizás logrado evitar un rompimiento, ó demorarle por lo menos mucho tiempo aún. Por lo tanto, después de haberse concertado con el primer cónsul, dirigió al gabinete británico una comunicación llena de calma y de franqueza, que tenía por objeto advertirle de que la Francia por su parte empezaba á tomar precauciones militares; pero que empezaba á hacerlo solamente desde que había recibido el mensaje de Jorge III al parlamento. «Puesto que se arma la Inglaterra, decía Mr. de Talleyrand, no se sorprenderá el gabinete británico de que la Suiza, que iba á quedar evacuada, no lo esté ya; de que un cuerpo de tropas se dirija hacia el Mediodía de la Italia con objeto de volver á ocupar á Tarento; de que penetre en Holanda un cuerpo de veinte mil hombres

y tome la posición más cercana al Hannover; de que esté reunido en Bayona todo el material de una división para obrar contra el Portugal en caso necesario, y finalmente de que en nuestros puertos á los trabajos de mera construcción sucedan las obras de armamento. Sin duda la conmoción subirá de punto en Inglaterra; los que tienen por costumbre excitar la opinión pública deducirán también que la Francia medita nuevas agresiones; pero ¿cómo es posible remediarlo? Preciso es resignarse, puesto que por fin el gabinete británico ha tomado la iniciativa de esas medidas de precaución que acaban por ser realmente medidas de desafío.» En efecto, se armaba con toda actividad en Inglaterra, se hacían levas en todos los muelles del Támesis y en el centro de la ciudad de Londres, y se disponían preparativos para presentar en la mar los cincuenta navíos de línea que, según el anuncio hecho al parlamento, debían estar prontos en caso de rompimiento á dar la vela el mismo día de la declaración de guerra.

Conociendo el ministerio Addington su insuficiencia en tales circunstancias, dió algunos pasos cerca de Mr. Pitt para comprometerle á entrar en el gabinete. Pitt se negó á sus insinuaciones con altanería, y continuaba viviendo casi siempre lejos de Londres y de las agitaciones de los partidos. Conocía su fuerza moral, preveía los acontecimientos que iban á hacerle necesario, y prefería alcanzar el poder por medio de estos acontecimientos á deberlo á unos ministros débiles que eran en rigor sus efímeros detentadores. Rehusó, pues, sus ofertas, dejándolos con su repulsa en el más cruel embarazo.

Las insinuaciones á que nos referimos se habían hecho sin la venia del rey Jorge III, el cual hubiera deseado conservar á sus ministros por la invencible antipatía que Mr. Pitt le inspiraba. Veía en éste, á pesar de una gran semejanza de opiniones con las suyas propias, un ministro que era casi un soberano. Veía en Mr. Fox, á pesar de su carácter noble y seductor, opiniones que le eran odiosas; y por esta razón no le agradaba ninguno de los dos. Deseaba conservar á Mr. Addington, hijo de un médico á quien apreciaba mucho, y á lord Hawkesbury, que era hijo de su íntimo privado lord Liverpool; deseaba también conservar la paz si era posible, y de lo contrario se resignaba á hacer la guerra, que ya para él era una especie de costumbre; pero en este caso quería hacerla con sus actuales ministros. Addington y Hawkesbury eran de esta misma opinión, sin embargo de que hubieran deseado proporcionarse algún esfuerzo para constituirse en ministerio de guerra después de haber sido ministerio pacífico y tranquilo. A falta de Mr. Pitt, que se les había negado, no era posible agregarse á Windham y á Grenville, porque la violencia de éstos excedía con mucho al deseo público de Inglaterra. Addington y Hawkesbury se hubieran dirigido de grado á Mr. Fox, cuyas ideas pacíficas les convenían enteramente; pero á esto se oponía como insuperable obstáculo la voluntad del rey, y se vieron por lo tanto reducidos á quedar solos, débiles, aislados en el parlamento, y por consiguiente á disposición de los partidos. Ahora bien: el partido más poderoso á la sazón, porque se dirigía á las pasiones é instintos nacionales, era el de Grenville, que por su exageración empezaba á distinguirse del partido Pitt, y se vengaba de no poder subir al ministerio